

Disertación sobre las esquinas

Ramón Castillo

Fotografías: Alejandro Arteaga

I

El gangoso timbre de la bocina nos apremia. Rompemos la viscosidad del aire a empujones. Hijos monstruosos y mostrencos de la serpiente anaranjada, buscamos la salida más próxima. El sol de la mañana acaricia las escaleras exhaustas, combas, que nos llevan al punto en el que Pino Suárez se comunica con la calle de Corregidora. Ehécatl, dios del viento, aún recuerda su poderío y envía un soplo fresco desde su adoratorio, encontrado calles abajo, que reanima a las almas salidas del subsuelo, enardecidas por las cumbias a todo volumen y el regalo de novedad, para el niño para la niña. El Zócalo nos recibe con su fastuoso minimalismo. El corazón de esta tierra, con cada una de sus amplias esquinas, es implacable en su escueta recepción.

Bienvenido, viajero, a la región más decadente, a la más prístina, a la originaria, la histórica, la sucia, la siempre viva.

II

En términos llanos, las esquinas son la exaltación de la franqueza ante la simulación. A diferencia de los rincones, agazapados y tenebrosos, ellas ponen a la vista, señalan, hacen evidente. En lugar de servir de escondite o guarida, se pliegan para exponer. Hombres y mujeres son personas distintas cuando,

al interior de esos luminosos espacios, los vemos en diálogo mudo con sus preocupaciones. Las esquinas poseen el don de la elocuencia y el énfasis preciso. Nadie es muchedumbre cuando se detiene en el ángulo recto de la soledad que ellas procuran. Una esquina y su ocupante son como la luz y la oscuridad, se necesitan mutuamente para darse consistencia, pues en el fondo, son una misma cosa, un guante y sus adentros, una frase y sus intenciones.

III

Pareciera que sus afilados dientes se aprestan a morder a los caminantes descuidados, despertarlos del letargo ciudadano, inocular en ellos la furia de los guerreros vencidos. Pareciera que, en respuesta, el edificio estuviera ahí solo para detenerla con su hispánica altanería, imponiendo su voluntad de aplastar el cuerpo ofidio y emplumado. Pareciera que aquella construcción, alguna vez propiedad de uno de los primos de Hernán Cortés, tiene como principal encomienda apresar ese rugido milenario, dejar constancia del saldo de la conquista y, quizá, a la manera de un San Jorge de piedra, recordarnos que el dinosaurio está ahí, retorciéndose bajo nuestros pies. Pareciera, no obstante, que aquella jaula de cantera tiene, en Pino Suárez y República del Salvador, una grieta idónea para que el viejo Quetzalcóatl respire, sobreviva y, con suerte, pueda algún día clavar sus antiguos colmillos de obsidiana de nuevo en el corazón de este país. Pareciera.

IV

La ciudad de México es un mapa roto de distintas épocas. Sus esquinas son dobleces en el tiempo, puntas astilladas en las que la realidad sedimenta su crecimiento, las sucesivas reinenciones, sus interminables batallas. La

fatalidad asalta al caminante a cada paso, la maravilla también. Quizá de ahí el amor, quizá también el odio. Este poliedro desmembrado cuenta una historia diferente desde cada uno de sus extremos. La comprensión que de ella podemos tener se modifica en función del sitio desde donde la abracemos. Toda esquina es una vitrina opaca que la pátina de los años ha cubierto, un mirador desde el cual vislumbramos algún recuerdo, la increíble sorpresa de lo inimaginable, la perenne oportunidad de inventar lo que sea.



V

Alguien toca *As time goes by* en un piano que ha visto mejores épocas. En uno de los gabinetes bebo una cerveza mientras afuera la gente camina con prisa. Donde confluyen las calles de Simón Bolívar y República de Uruguay, una placa recuerda que en la otrora casa de los Marqueses de Uluapa, un venezolano de poco menos de 16 años se alojó, durante 48 días, en esta capital de cielos todavía diáfanos. Era 1799 cuando tuvo la oportunidad de adquirir el afecto por estas tierras y, dicen algunas versiones más juguetonas, por ciertas de sus mujeres. Imagino la ciudad que caminó durante aquellos días e intento vislumbrar, aunque sea de manera empañada, lo que le inspiró a afirmar que esta es “la única metrópoli que pudo serlo por su poder intrínseco”. Me percató de que la canción ha terminado ya, que el pianista abandonó su puesto y ahora mira impasible su reflejo desde la barra. El mesero se acerca con mi platillo; lo que me trae de vuelta al hecho de que esta ciudad la conforman épocas superpuestas y que ahora, mientras dibujo la silueta de Bolívar deambulando por los alrededores, más de doscientos años después de su visita, me encuentro en un restaurante de cortes argentinos, afuera los ritmos de las tiendas de música inundan el ambiente y las cantinas se aprestan a recibir a los bienaventurados. Constato que cada calle conforma una madeja de sucesos y tiempos que se enreda de manera siempre inesperada. Quizá por ese capricho fortuito, algunas cuadras más al norte, el Libertador estrecha su recuerdo con el de Ignacio Allende, mientras uno y otro cruzan repúblicas hermanas.

VI

Y de que vimos cosas tan admirables no sabíamos que decir, o si era verdad lo que por delante parecía, que por una parte en tierra había grandes ciudades, y en la laguna otras muchas, y veámoslo todo lleno de canoas y en la calzada muchos puentes de trecho en trecho, y por delante estaba la gran ciudad de México.

BERNAL DÍAZ DEL CASTILLO

Tacuba y Monte de Piedad. Nadie le presta atención pero ahí está, ansiosa de que un despistado lea, recree aquel

asombro y sienta, en sí, la maravilla de observar por primera vez esta ciudad. La gente se detiene, extrañada, luego de que, fiel a las prácticas del peatonauta, saque mi celular y tome una foto de aquella placa. Camino.

Oh, ciudad rica, pueblo sin segundo,
más lleno de tesoros y bellezas,
que de peces y arena el mar profundo.

BERNARDO DE BALBUENA

República de Argentina y San Ildefonso. Encuentro otra más. Es de color verde y funciona como una pista inesperada, en el interminable enigma que es andar por la urbe. Será, acaso, pienso, que el viacrucis ciudadano tiene mayor dimensión cuando cada una de las estaciones nos relata el éxtasis y agonía capitalina, a través de autores que le han sido devotos. Salpicadas entre algunas de las calles del centro histórico, es posible encontrar, como hallazgo afortunado, piezas de un rompecabezas literario que, desde el interior de ese más amplio y caótico puzzle, intenta dotar de sentido a un lugar que, desde su origen, ha poseído la virtud de la polisemia y la indefinición.

El rojo tezontle de la fachada del Templo
de Santo Domingo,
su torre garbosa y delicada,
la fragancia de la pequeña plaza
en la hora matinal, nos ponían
alegre el ánimo.

JOSÉ VASCONCELOS

República de Venezuela y República de Brasil. Sigo caminando, y en ese andar llego a otra inscripción que, afortunadamente, se encuentra justo afuera del Salón Madrid. Desde el interior, whisky con hielos en mano, alcanzo a ver las batas blancas de las muchachas aspirantes a médicos, la risa ligera de la juventud, el andar presuroso de quien todavía tiene esperanzas. La placa que recuerda al Ulises criollo es justa, puntual. Como estudiante, estos fueron sus rumbos; como apóstol de la Revolución, mandó a construir, justo en frente de estos

derruidos arcos, su monumental ministerio educativo. Vasconcelos, contradictorio y contumaz, cristalizó con elocuencia el carácter desbordado de su proyecto y espíritu al colocar, a modo de guardianes de nuestro proyecto formativo, la desgarrada y complementaria pareja de Dionisos y Apolo en el frontispicio que da a la calle de República de Argentina. Debo continuar la marcha. Justo al salir veo, en la esquina de enfrente, el antiguo Palacio de la Inquisición, lugar que tiene tatuado, entre otras cosas, el recuerdo de haber sido el lugar donde Manuel Acuña se suicidó.

Contra los terremotos y su furia sin freno ni medida
esta palabra humana medida condensada:

Escribo en México bajo la luz espesa de septiembre
en días de polvo junto a edificios como árboles
tronchados.

EFRAÍN BARTOLOMÉ

Mesones y Bolívar. Pistas para un lector de la ciudad, aquellas esporádicas referencias que aparecen en algunos cruces de calle, son vehículo para constatar el pasmo que produce una tierra que se antoja imposible. Gracias a esas coincidencias, el caminante robustece su vocación andariega, pues sabe que este es un relato que no se narra, sino que se recorre. Cada paso es, en su esencia, una palabra, tal vez sólo una letra, que conforma una historia inacabada. Al final de la cuadra termina una página, pero se da vuelta en la esquina y comienza todo de nuevo. Estos letreros, mudos e ignorados, son un testimonio de que esta es una ciudad literaria y que los escritores, pese a todo, la han amado con desmesura, repugnancia y fascinación.

Dice George Steiner que uno de los rasgos característicos de Europa es el paisaje hecho a la medida del caminante. De este otro lado del Atlántico, en la

Ciudad de los Palacios, al menos hoy, ya poco se tiene en consideración a los aspirantes a *flâneur*. Aun así, aficionados al peligro por naturaleza, nos arrojamamos con fervorosa resignación a caminar sobre los despojos de este vetusto lago reseco. Pues si los europeos moldearon sus metrópolis a la luz de sus andanzas; los mexicanos decimos mucho de nosotros cuando recorremos, con empecinamiento y voracidad, cada una de las curvas de esa amante insatisfecha y exigente que es México. Para escribir esta urbe es preciso caminarla. Caminarla es inventarla, sabiendo que cada caricia propagada es recompensada con el asombro. De esta forma, uno ejecuta aquello que Vicente Quirarte definió como el único método de saberse parte de este gran entramado: “la posesión de una ciudad se realiza mediante el contacto directo de los tacones con el empedrado”.

VII

La esquina es espacio de tertulia informal; ocasión de asombro o indiferencia; es parada de autobuses; tiradero de basura; territorio para tacos, tortas, tamales o quesadillas; es observatorio privilegiado; refugio de baches; centros comerciales improvisados; hábitat natural de postes de electricidad; es, también, mingitorio de perros y borrachos; punto de reunión en temblores; lugar preferido de charcos de profundidad ignota; arena de asaltos, choques y atropellamientos; resguardo para que el teléfono público quiebre la quietud de la noche; será, en todo momento, sorpresa al acecho; relato inacabado; vuelta de tuerca; promesa inconclusa; elegante o tétrica; seductora o miserable.

Toda esquina es invitación al viaje, inicio y final de un paseo, doblez meditabundo, digresión ociosa, es una vuelta constante sobre sí y sobre nosotros mismos. 